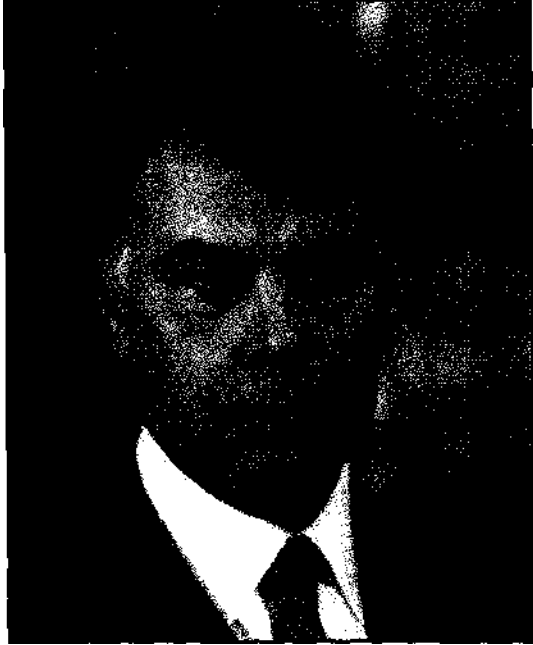


Felipe González

Felipe González, sin el esplendor de las tres mayorías absolutas en el armiño de su manto, vuelve a parecerse peligrosamente al «Isidoro» vestido de leñador que sonreía desde su primer póster electoral como un becario aventajado, recién salido de la Facultad, con «pedigrí» de vaquero cántabro y jornalero andaluz, dispuesto a hacer la revolución sin romper un plato. Porque, la verdad sea dicha, Felipe González nunca ha tenido cara de marxista radical. Para eso hace



falta ser enjuto, tener nariz aguileña y un par de ojos pequeños, redondos y negros. Su aspecto, en cambio, siempre ha sido el contrario: mofletes amplios, nariz respingona y ojos castaños y ligeramente horizontales. Como los de un japonés estreñado. Poco más o menos, el mismo perfil que el de un buen chico, presdestinado a la aventura del socialismo desde que se expuso a la influencia de algunas lecturas prohibidas y de algunas compañías inadecuadas en el campus de Sevilla.

La predestinación ha sido siempre lo mejor de su equipaje. No sólo estaba condenado a ser todo lo que ha sido -como lo estaba el Madrid a ganar la Liga o Isabel Preysler a cambiar de marido- sino también a hacer todo lo que ha hecho: tirar por la borda el marxismo, meter a España en la OTAN, reñir con Alfonso Guerra, hacer las paces con el Imperio, peinarse el pelo a navaja o buscar a un sucesor endilgado y cuarentón, vestido con ojo de perdiz y calculadamente parecido a un respetable registrador

de la propiedad. Y es que Felipe, antes que nada, es una víctima del fatalismo pragmático de fin de siglo. Nadie se pega al terreno mejor que él (exceptuando las plusvalías de Ren-fe, las comisiones de Ollero, las influencias de Juan Guerra, los informes de Filesa o las alcaldadas de Burgos). Tiene tanto desparpajo para el sentido común que no cabe un solo gramo de audacia en su manera de ser. Por eso no necesita seducir. Felipe González no ha invitado a nadie, nunca jamás, a acompañarle en vertiginosas aventuras de riesgo.

Al contrario: su invitación siempre se ha parecido más a la de una tarde de tute alrededor de un brasero. Ortega siempre imaginaba alrededor de un brasero a viejas sibilantes; Felipe, en cambio, nunca ha puesto edad a sus compañeros de tertulia, con tal de que sepan escuchar y quedarse quietos. Le gusta más la idea que la acción, la palabra que el hecho, la quietud que la agitación y la vida contemplativa que la vida comprometida. Felipe no seduce, anestesia. No necesita seducir. Durante once años ha sido, más que otra cosa, el recuerdo de un buen muchacho.

José María Amar

LUIS
HERRERO

No cabe duda, después de todo, que este hombre de bigote siciliano, sonrisa de Gioconda, indumentaria de pilarista y laconismo «sioux» está tocado por un sortilegio benefactor que le convierte en el hijo predilecto de los dioses de la derecha. Se parece más a un mariachi que a un jefe de la oposición, pero es el jefe de la oposición más sólido que ha dajo la vieja zorra de la política española, donde los líderes han sido más numerosos que los entrenadores de Gil, las devaluaciones de Sol-chaga o los improperios de Hormaechea. Para consolidarse como un sólido candidato a la sucesión de Felipe ha tenido que sobrevivir a una orgía cainita en el seno de su propio partido. Primero limpiaron a Mancha, luego desorejaron a Marcelino, más tarde descalzaron a Herrero y, al final, engulleron a Tocino. Fraga, convertido a veces en la encarnación oronda y galaica de Saturno, terminó por arrojar la toalla, empapada en lágrimas, al menos mientras hacía la digestión. Y el resultado fue que Aznar se quedó solo en la carrera. La única alternativa posible al socialismo lleva su escudo de armas.

No es precisamente un «crack» de mordiente rompedora. Al tenis juega de «drive», al mus, de piedra en piedra, y a la política, de salón. Es más frío que un témpano y más tieso que una estatua de la isla de Pascua. Dicen sus valedores, y debe ser verdad, que es hombre reflexivo, leído, instruido, aplicado y austero como un monje franciscano -aunque a juzgar por sus tres herederos no viva exactamente como tal-, pero las urnas están tan acostumbradas a desplumar mirlos blancos con esas mismas señas de identidad como lo están las tribus caníbales a cocinar exploradores blancos. Por eso no acaban las apuestas de abrirle el camino de la victoria. Por eso y porque temen que le falte «sprint» para

rematar la gran remontaba de los últimos tres años. Es cierto que, en este tiempo, ha conseguido romper el techo de Fraga, jubilar al duque de Suárez, conquistar el Ayuntamiento de la capital y colocar al borde del infarto la salud hipotensa del felipismo, pero de ahí a la Moncloa puede haber más distancia que de un instante a la eternidad si, al final, no rompe la cinta en la meta antes que su adversario. Se lo juega todo en el último golpe de pecho.

Su plan a siete años se ha quedado en tres. Aznar no quería jugársela antes de tiempo, pero no le queda elección: o alarga la zancada para subirse al tren de la historia, que pasaba por ahí, o tendrá que vérselas con la revancha de Caín. O mata o muere. Un dilema demasiado radical para alguien que, como él, ha preferido siempre la templanza a la fortaleza, la constancia a la rapidez y la reforma a la ruptura.

